

OLAS

(*Por Rodrigo Fresán*) Claro que no se refiere aquí a cualquier ola, a una de esas simples y repetitivas –por más que no haya dos olas iguales, las olas funcionan como las huellas digitales del mar– y constantes "ondas de gran amplitud en la superficie de las aguas".

Aquí se habla –aquí se persigue– a la Gran Ola.

La vieja y la nueva. La primera y la única. La ola que cuida los flancos de Moby Dick. La ola que invirtió las polaridades de un barco llamado "S. S. Poseidón". La ola de Krakatoa dando la vuelta al mundo por el solo placer de dar una vuelta. La última ola llenando los pulmones de un abogado australiano. La ola gigante con la que sueñan todas las mujeres cuando buscan y encuentran la más avasallante metáfora de la maternidad o del sexo. La ola más grande del mundo en un breve relato de Stephen Holst titulado "The Largest Wave in the World". La ola de Hokusai pintada con pinceles todavía mojados. La ola perseguida por esos ladrones de bancos adictos al surf y a la adrenalina. La ola con la que Jesucristo se tropezó un día que salió a caminar sobre las aguas.

Piensa en todas estas olas como en una misma ola para distraerse. Listas de olas que –en realidad– apenas esconden el perfil y el frente de una ola que le cambió la vida y se la cambió para peor.

La ola que lo derribó –después de enredarse en sus talones– y le arrebató para siempre a su hija de tres años.

A veces –los días muy húmedos– jura que puede sentir todavía la manito de su hija dentro de la suya apenas por unos segundos. Enseguida, recuerda y siente cómo se le escapa. Como agua entre los dedos. Como esa ola que todavía persigue convencido de que –entre sus pliegues, en la curva de sal y espuma– todavía está su hija, esperándolo.

Así, ahora, se para en la punta de muelles lejanos. Se arremanga los pantalones y camina por las orillas del mundo apenas desconsolado por el hecho de que todo el mundo –o aquello que los hombres se empeñan en considerar tierra firme– es tan sólo una orilla que no termina. Sus límites son difusos y su sola razón de existir es la de estar ahí esperando la coqueta bofetada de las olas.

Hay días –hay años, hay meses– en que no puede soportarlo y entonces busca la contención de ciudades sin vista al mar, ciudades flanqueadas por bosques impenetrables o desiertos a los que nadie se atreve a penetrar. Entonces camina por sus calles y, con la llegada de la temporada de los monzones, se para bajo la lluvia salada y soporta la soberbia y la astucia de esa ola que –por el simple placer de seguirlo– ahora se convierte en vapor y en nube y en tormenta y lo busca y lo encuentra y lo ahoga.

Y él está convencido –no se cansa de contarlo en bares oscuros o en veladas aguafiestas– que al abrir la boca y tragarse la ola no hace más que recuperarla un poco y calmar la sed de venganza contra esa maldita ola que va a golpearlo otra vez cualquier día o noche de éstas.

He aquí –bienvenidos– la única explicación posible al misterio del hombre ahogado en su bañadera vacía con los pulmones desbordando agua salada.

LECTURAS

La íntima agonía de un soldado heroico cubriéndose de gloria y los mecanismos ocultos que convierten una historia en Historia es el tema de este relato que da título al segundo libro de Martín Kohan (Buenos Aires, 1967). Habitual colaborador del suplemento Primer Plano de Página/12, Kohan es también autor de la novela "La pérdida de Laura" (Beatriz Viterbo Editora) así como profesor en la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Cabral da dos, tres, cuatro vueltas sobre sí mismo. Se siente mareado y aturdido: se siente como cuando ha tomado demasiado, lo que no quiere decir que haya tomado demasiado esta vez. Está, en verdad, tan confundido, que cuando trata de pensar si ha tomado o no ha tomado demasiado la noche previa, no logra siquiera acordarse de qué cosas hizo en las horas anteriores. Hay mucho ruido y mucho humo en todas partes y Cabral se encuentra verdaderamente desorientado. Siendo él una persona de aceptable poder de ubicación, podían preguntarle en medio de las sombras en qué dirección quedaba el Paraná o en qué dirección quedaba el convento, y él hubiese contestado sin vacilar y sin equivocarse. Pero ahora no consigue ni tan sólo establecer el lugar exacto del sol en el cielo. Gira atontadamente, con lentitud, con un raro vértigo aletargado, procurando determinar un lugar de referencia en medio de tanto alboroto.

Una palabra da vueltas en su cabeza, como da vueltas él, Cabral, en medio de la madrugada y del griterío generalizado. El mira y mira y mira y en la cabeza tiene rondando la palabra *donde*. Primero le suena como un nombre, como si se estuviese acordando de alguien, como si estuviese extrañando a una mujer. Después se da cuenta de que no, de que ese *donde* que le suena y le resuena en la cabeza no es un nombre, sino una pregunta, y entonces Cabral, no sin confusión, reconoce que lo que merodea sus pensamientos no es la expresión *donde*, sino la expresión *¿dónde?*, lo cual representa dos o tres variaciones de sentido o de matices que Cabral está en condiciones de presentir, pero no de definir con nitidez.

m

Sólo entonces, y no con total claridad, Cabral advierte que esa especie de voz interior que le grita y a la vez le murmura: ¿dónde? ¿dónde? ¿dónde?, es en cierta manera el efecto o la consecuencia de otra voz, exterior en este caso, que es puro grito y ni remotamente murmullo, y que le dice: ¡acá! ¡acá! ¡acá! Es como una especie de diálogo, por así decir, aunque para ser un diálogo en el sentido estricto del término la voz interior de Cabral debería convertirse en exterior. De la manera en que están las cosas, el diálogo es diálogo solamente para Cabral; para el otro, para el que lo llama a gritos, es otra cosa que Cabral, inmerso en el caos de caballos y de sables, no termina de precisar.

Acá, acá, acá –grita el otro. Acá, sí. ¿pero *dónde*? –piensa Cabral. Yo también estoy *acá*. Todos estamos *acá*. Lo que Cabral tiene que resolver, y con premura, es cuál es el allá de ese acá que le están gritando. Pero en medio de tanto moribundo ni siquiera él, que habitualmente se ubica con facilidad aun en terrenos desconocidos, tiene idea de su situación.

¡Acá, acá, la puta madre! –grita el otro–. Y grita, esa vez, en un momento en el que en el lugar donde Cabral da vueltas sobre sí mismo,



uero Contento



Por Martín Kohan

y en sus inmediaciones, no hay, por casualidad, ningún otro grito, ni quejido de moribundo ni relincho de caballo. Entonces Cabral escucha con un aceptable grado de nitidez y, para su sorpresa, cree reconocer la voz. En un primer momento lo que experimenta es alivio. Es lógico que alguien que se siente tan absolutamente perdido y solo en medio de siluetas extrañas encuentre alivio en el hecho fortuito de reconocer una voz. Pero pronto retorna todo el humo y todo el ruido y Cabral ahora no sólo se pregunta *¿dónde?* sino *¿quién?*

Al parecer ahora está quieto. Es una suposición, nada seguro: *al parecer,* está quieto. Pero también es posible que siga dando vueltas como estuvo dándolas durante quién sabe cuánto tiempo, y que ahora todo su entorno, la batalla entera, haya comenzado a girar en el mismo sentido que él, y la misma velocidad, y al mismo tiempo, y que el resultado de todo eso sea que Cabral crea que por fin se quedó quieto, cuando en verdad sigue dando vueltas como al principio.

A Cabral le parece decisivo resolver esta cuestión, sólo él sabe por qué. Pero antes de que consiga hacerlo –aún más: antes de que consiga comenzar a hacerlo– una cara cruza por su mente y lo distrae del asunto de si giraba o si estaba quieto. Cabral imagina la cara, o la recuerda, pero con tanta certeza que cree que la ve. ¿Dónde¿ ¿dónde? ¿dónde?, vuelve a pensar, casi obnubilado, y después de un rato, no es posible saber si largo o corto, comprende que la cara no responde a *¿dónde?*, sino a *¿quién?*

Cabral consigue asociar la voz y el rostro, cosa que puede parecer no tan meritoria para aquel que no se encuentra en una situación de desconcierto como ésta que a él lo embarga. Reconocer la voz le produjo alivio, pero reconocer el rostro lo sobresalta: ¡es él! –se dice, liberado de la pregunta *¿quién?* pero infinitamente más abrumado por la pregunta *¿dónde?* Es él, nada menos, y lo está llamando. ¡Acá! ¡Acá! ¡Carajo! –le grita, y Cabral no tiene idea de nada.

Es tanta la desesperación que siente que le entran ganas de llorar. Más grita el otro y él menos sabe qué hacer. ¿Llorar es de mujeres? ¿Llorar es de maricón? Atribulado, Cabral se hace visera sobre los ojos, pero es inútil: no es el sol lo que le molesta, no es un reflejo lo que le impide ver, sino el humo de los cañones y los gritos de los que se desangran. ¿Qué imagen brindaría un sargento llorando en el campo de batalla?

Cabral se avergüenza de sólo pensarlo. Pero después recapacita: si él no puede ver a los otros por culpa del humo, ni siquiera a los que le pasan cerca, ni siquiera al jefe que le grita y a quien él trata de ver, entonces, descubre conmovido, tampoco los otros pueden verlo a él. Ahora no le parece tan mal estar un poco solo. La vida de campaña tiene eso: que uno siempre está con un montón de gente. Todo el tiempo rodeado de soldados que cuentan historias alrededor del fogón: llega un punto en que uno quiere quedarse un poco solo.

Y bueno, piensa Cabral, no con tanta claridad: ahora estoy solo. Es un pensamiento precario, y aun así Cabral llega a darse cuenta de que la soledad que siente no es la mejor que pudiera pedirse. Está sólo, es verdad, o está como si estuviera solo, sí, pero con tanto ruido y tanto humo y tanta muerte que ni siquiera puede disfrutar del campo y sentarse a reflexionar sobre algún tema que le interese. Nada de eso: tiene que ubicar el *acá* desde donde le gritan, y tiene que ubicarlo con urgencia porque el que grita es el jefe. ¡Acá! ¡acá! –le grita de nuevo–. ¡Cabral, no sea marmota!

Cabral se atribula aún más: ¿eso lo pensó o se lo dijeron? ¿Fue la voz exterior o la voz interior la que dijo esa frase terrible? No logra estar seguro. Las batallas definitivamente lo aturullan. Si fue la voz interior, el asunto no es grave: Cabral, como todo el mundo, por otra parte, tiene el hábito de hablarse a sí mismo y de dedicarse pequeños insultos. Mirá que sos boludo, Cabral, se dijo, por ejemplo, a sí mismo, por supuesto que cariñosamente, la noche en que tratando de deducir la dirección en la que estaba el Paraná se cayó a una zanja. Es que él siempre trataba de saber adónde se encontraba. Y ahora, precisamente ahora, cuando más lo deseaba en su vida, no podía establecerlo.

Pero, ¿ese marmota lo pensó él, para sí mismo, o se lo dijeron desde afuera? Si se lo dijeron desde afuera, entonces verdaderamente había de qué preocuparse. Porque la voz que lo dijo –claro que él podría haberse hablado, interiormente, con la voz del otro– era la misma que gritaba todo el tiempo ¡acá! ¡acá!; es decir que era la voz del jefe. Y había, todavía, algo peor. Cabral se estremece.

¿El recordaba mal, cosa nada improbable en medio de tanto aturdimiento, o la voz había dicho: Cabral, no sea marmota? La voz lo había nombrado. Si se trataba de la voz interior, todo estaba en orden: Cabral siempre se llama a sí mismo Cabral cuando se habla internamente. Pero si la voz vino de afuera, y Cabral ya sabe que la voz que viene de afuera es la voz del jefe, eso significa que si lo nombró es que lo reconoció. Y que, deduce Cabral, a pesar de tanto espanto, si lo reconoció es porque pudo verlo. Si él puede verme, sigue, tratando de clarificar su panorama, entonces yo tendría que poder verlo a él. Es reconfortante razonar con tanta lógica, pero lo cierto es que no puede verlo. ¿Dónde? ¿dónde¿ ¿dónde? –piensa otra vez. A Cabral, dadas las circunstancias, no le parecen para nada injustificadas las ganas de llorar. ¿Cómo soportar tanta impotencia? Llorar, o, mejor dicho, cierta forma de llorar, ¿no es también cosa de hombres? Quién sabe, piensa con desdicha. Al parecer, se encuentra otra vez girando sobre sí mismo, aunque no es descabellado suponer que siguió así todo el tiempo y que lo que ahora sucede es que la batalla ya no gira al mismo ritmo que él, y entonces él puede darse cuenta de que da vueltas. Todo esto le da más ganas de llorar. Pero se aguanta. ¿Cómo se vería –y, si la voz era exterior, a él lo están viendo– un sargento llorando en el campo de batalla?

Cabral se aguanta de llorar. Aguantarse significa hacer fuerza en el momento mismo en el que la garganta se atasca y las lágrimas le vienen raudamente hacia los ojos. El resultado de esta contradicción es que las lágrimas se quedan en los ojos, en el borde de los ojos. No se quedan adentro –¿adentro de dónde? ¿de dónde vienen las lágrimas¿ ¿están ya en el ojo? ¿le vienen a uno del alma?–, pero tampoco se caen decididamente hacia afuera, a rodar por las mejillas, a correr entre los mocos. A Cabral las lágrimas se le quedan en el borde de los ojos y entonces, milagrosamente, le funcionan como pequeñas pero incomparables lentes de aumento. Ahora Cabral ve, aunque sigue el humo y el remolino por todas partes. Con alguna zona difuminada, es cierto, pero ve. Y ve el *quién* (el quién ya lo sabía, porque reconoció la voz) y ve también el *acá*. El *acá* no era tan *allá* como pudo haber pensado: está bastante cerca y no será difícil hacer un mismo acá del acá del jefe y del suyo propio.

Ahora Cabral quiere llorar, se lo propone decididamente, se esmera en ello. Ya no es un llanto que avergüence: es un llanto destinado a servir a la patria. Pero las lágrimas no vuelven ahora, cuando más se las necesita. Cabral trata entonces de orientarse hacia la dirección en la que vio al jefe. Camina, cree, en ese sentido, y en una línea más o menos recta. El humo se entreabre en un momento determinado, o posiblemente Cabral ha vuelto a lagrimear sin proponérselo en este caso y tal vez sin darse cuenta siquiera.

El asunto es que vuelve a ver al jefe, y lo ve tan cerca, que ya puede prácticamente decirse que están los dos en el mismo *acá*. Pero la escena que ve Cabral es rarísima: en lugar de estar, como era digno de esperarse y como todos los retratos habrían de evocarlo, el gran jefe sobre su caballo, está, ¡quién lo diría!, el caballo sobre el gran jefe.

Una extraña pregunta emerge de la mente de Cabral: ¿de qué color es el caballo blanco de San Martín? Cabral no sabe exactamente por qué ha pensado en eso. Pero la pregunta le parece estúpida: ¡contesta, en su formulación, exactamente aquello que está preguntando! El hecho es que ahí (*¡acá!*) está el caballo, y el jefe, increíblemente, debajo y no encima de él.

Cabral se dirige con presteza a poner las cosas en su lugar. La vida de cuartel lo ha acostumbrado al orden. Pero no es fácil mover ese caballo, salvar ese jefe, con tanto ruido, con tanto humo. Cabral hace fuerza y fuerza y fuerza y le parece que no va a poder, hasta que al final puede. Tira y tira y tira y de pronto el jefe sale. Cabral resopla, un poco por el esfuerzo, otro poco por el alivio. Y es entonces cuando del humo, de en medio del humo, sale el maturrango y le clava la bayoneta.

Mucho le duele la tetilla a Cabral. ¿La tetilla o más abajo? No hay manera de saberlo. Duele y arde. Echado en el suelo, Cabral vuelve a preguntarse ¿dónde¿ ¿dónde¿ ¿dónde? Después piensa, bastante sereno: qué carajo importa dónde, la cosa es que estoy jodido. Jodido y bien jodido. Lo único que sabe Cabral es que le duele acá, pero ni idea de en qué jodida parte del cuerpo queda ese acá. Antes se sabía a él, a sí mismo, y no el lugar en el que estaba. Ahora que se lo llevaron aparte, ahora que el humo se está disipando y que el único grito que escucha es el suyo, lo que Cabral no logra poner en claro es *dónde* le duele a él.

Se le acercan varios. Lo miran, lo miran. El los ve desde abajo, tirado en el suelo. Le dicen que la batalla se gana. La tetilla, dice Cabral, y nadie le hace caso. Le dan vueltas alrededor y por un rato no le hablan. Después vuelven a decirle que la batalla se gana y que el jefe está entero. Cabral se da cuenta de que se va a morir. No es que le parece, no es que lo sospecha, no es que tiene esa impresión. Cabral sabe positivamente que se va a morir y eso le provoca una inmensísima tristeza. Cabral siente, allí tirado, en medio del polvo, una enorme congoja, una terrible pena, una desdicha imposible de medir. Sabe que se va a morir. Y no es ningún tonto, de modo que está tristísimo. Alguien, quizás el jefe, se le acerca, se pone en cuclillas junto a él y le pregunta cómo se siente. Cabral alcanza a pensar, mientras se muere, que nunca jamás en la historia existió hombre que sintiera más tristeza que él en ese momento. Pero decirlo le da vergüenza. ¿Qué van a pensar de él? Van a pensar que es una mujercita, van a pensar que es un maricón. Es sumamente probable que Cabral tenga razón, que nunca haya habido un hombre que estuviese más triste que él. Siente una tristeza inconmensurable. Pero, cuando se lo preguntan, no lo dice. ¿Qué van a pensar de él? Sólo le queda aliento para pronunciar cuatro o cinco palabras, que apenas si se oyen: es su modesta despedida, es su página mejor.

Se reproduce aquí por gentileza del autor y de Beatriz Viterbo Editora.



Resumen: *El narrador es Pirovano, un ex arquero que oculta bajo el guante de guardavalla que lleva siempre en su mano izquierda un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula secreta de su edificio sale a un Buenos Aires subterráneo del que emerge como Catcher, agente de magia. Ahora anda, con Etchenique, tras los asesinos de El Troglodita y del extraño "Milagro" Narvaja. Mañana debe actuar con los Gigantes en la Lona y ver al Presidente...*

31 AGARRATE

–El negro sabe más de lo que dice. Pero no sabe que sabe –dijo el veterano no bien dejamos a Sayago en Carlos Gardel y Anchorena–. Mejor así.

No dije nada. Miramos en silencio cómo el ex boxeador cruzaba el empedrado y nos saludaba con la mano antes de entrar al bar contiguo al conventillo que lo albergaba.

–Ahora estamos mal, pero vamos bien –concluyó el veterano con un clásico de los noventa. Ya no citaba a Chandler precisamente.

–Ateme los cabos, maestro –le pedí mientras el penoso Di Tella reemprendía la marcha contra reloj hacia Caballito.

–Te lo dije hace dos noches en La Academia, Pirovano; Ibrahim, ésa es la clave.

–No entiendo –dije con más paciencia que curiosidad.

–¿Sabés quién es Ibrahim?

Se lo dije con precisión de lector informado tanto para no ofenderlo ni defraudarlo como para que no se agrandara aún más, no me agobiara; le di todos los detalles conocidos del escándalo que en su momento y para siempre había salpicado las cercanías más íntimas del Poder con una turbia historia de lavado de dinero del narcotráfico y la venta de armas; le caractericé como quien intenta describir una experiencia de contacto de tercer tipo con un fantasma, al personaje que había saltado desde su puesto en la Aduana hacia la nada dejando un vacío de sospechas e incógnitas tras de sí y a su comprometido alrededor.

–Está bien; Ibrahim, Al Ibrahim, es ese fantasma, ese forro casi –me concedió–. Pero Ibrahim es mucho más que eso. Agarrate, Pirovano...

Me agarré. El taxi pasaba a los tumbos por el puente de fierro sobre el Ferrocarril Sarmiento y nada nos aseguraba que llegaríamos muy lejos. Por las dudas era necesario sujetarse.

El veterano me tomó por el codo y acercó su cara a la mía;

–"Ibrahim" no sólo es un nombre o un apellido, pibe... –y por un momento sospeché que podía estar realmente loco–, Ibrahim es una clave.

Se quedó callado esperando el efecto de sus palabras.

–¿Una clave? –me asombré; pero no lo suficiente para su expectativa.

–Ibrahim es García, en sirio... –formuló sintéticamente–; allá, cada dos tipos uno se llama Ibrahim, ¿entendés?

Me pareció excesivo pero asentí por la manera gráfica de decirlo, sin duda más seductora que espontánea; el veterano tenía todo un discurso, una teoría que arrancaba allí.

–El de la Aduana era dos veces Ibrahim, pero hay tipos que son hasta tres o más veces Ibrahim...

Eso sonaba a joda, pero lo dejé ir.

–Pasamos muchas horas al pedo en la residencia de Pichincha... –retomó como quien picotea ideas, abre el diccionario y comenta–. Y una de las actividades más productivas es leer los diarios. Yo, por hábito profesional, leo y archivo. Son años. Después cotejo, deduzco, investigo por mi cuenta. Este es un caso; la recurrencia de "Ibrahim" en ciertas situaciones me demostró que es una clave de los narcos en su conexión siria.

–Eso es una boludez, Etchenique... –me enojé livianamente–. Si Ibrahim es un nombre muy común, no es raro sino lógico, siguiendo su línea de razonamiento, maestro, que cada vez que aparezca un sirio vinculado al narcotráfico se llame Ibrahim...

–Es que la clave tiene formas sintéticas –argumentó contenido, como si orejeara cartas sólo para mí, que espiaba sobre su hombro–. Hay modos de identificación que sólo son evidentes para el iniciado, el miembro de la organización.

–Explíqueme en este caso –dije dócil, casi con pena de tener que rebatir tanta investigación, tanta teoría disparatada.

–Fíjese; como yo estoy muy atento a toda la cuestión, no bien Roperito y El Troglodita explicaron el suceso de Uruguayana yo lo asocié con Ibrahim y el escándalo oficial. Fue esa misma semana que saltó lo del lavado de dólares y toda la bola. No es gratuito ni fue el único caso; hubo alarma general en toda la organización. Se borraron todos.

El veterano quemaba etapas y yo me caía en los agujeros negros que dejaba entre afirmación y afirmación:

–¿Parte de la idea de que "Paredón" era, o es, narco? –sistematicé.

–Claro; por antecedentes y por el tipo de movimientos que realiza por toda Latinoamérica. Acuérdese lo que dijo El Troglodita... –y repitió el gesto descriptivo de las dos giras continentales en un sentido y en otro–; usaban las actividades de la troupe como...

–...tapadera... –lo auxilié.

–... Como tapadera de la distribución o el traslado de la merca –completó entusiasmado–. Recuerde lo que dijeron los Gigantes; nunca habían ganado tanta guita ni les habían pagado mejor. Y no creo que recaudaran demasiado en Bolivia, en Venezuela, en Colombia...

–¿Y la clave de Ibrahim dónde aparece? –me ensañé.

Me miró sobrador, señaló mi bolsillo interior.

–Ahí tenés una tarjeta que afanó Catcher, tengo entendido...

Saqué la billetera y encontré en el cartoncito amarillo el perfil ampuloso de Arnold y el logo de la elegante casa de los fierros de moquete azul y cristal ahora roto.

–Arnold Body Building –leí aplicadamente.

–Pero fíjese abajo –me indicó como quien enseña a un niño–: es sólo una filial de la supuesta empresa yanqui Integral Body House: I.B.H.

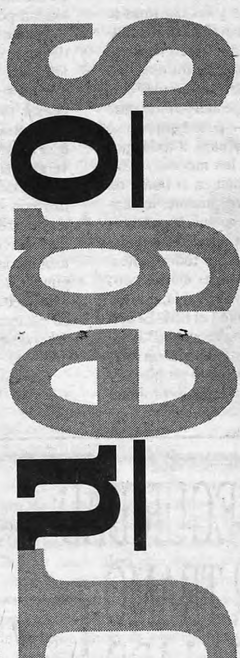
–¿I.B.H.?

–I-Bra-Him; es la forma sintética.

–Nooo... –dije fastidiado–; déjeme de joder.

Me hizo caso; habíamos llegado y estaba todo oscuro.

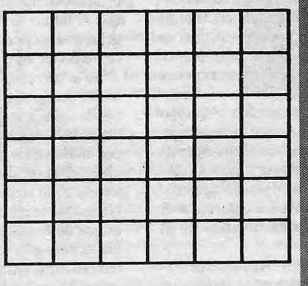
Mañana: 32. La lona



ACOMODO

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

CAQUI
KIWI
LIMA
LIMON
MANGO
MELON





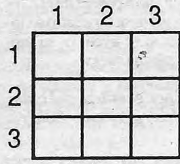
UNO-DOS-TRES

En cada casilla van una, dos o tres letras, pero en ninguna línea horizontal o vertical hay dos casillas con la misma cantidad de letras.

	1	2	3
1			
2			
3			

HORIZONTALES : 1. Lunares, motas. **2.** Bola. **3.** Débil, enfermizo.

VERTICALES: 1. Atrapan peces. **2.** Deduje una cosa de otra. **3.** Pedazo de carne seco y salado o acecinado.



ACADEMICO

	1	2	3	4	5	6	7
1					■		
2			■				
3						■	
4				■			
5		■					
6					■		
7			■				

HORIZONTALES

1. Tela de lana muy tupida./ Símbolo del actinio.
2. Prefijo: junto a./ Baile típico español.
3. Bebida alcohólica.
4. Cólera./ Manto de los beduinos.
5. Producir sonidos.
6. Concejal./ Consonante.
7. Símbolo del circonio./ Abreviatura de anatomía.

VERTICALES

1. Color de lo que es pálido.
2. Aceptar la herencia./ Abreviatura de doctor.
3. Adverbio: no completamente.
4. Organo de la visión./ Oleada, afluencia.
5. Ciudad de Argelia.
6. A tempo./ Prenda holgada usada para estar en casa.
7. Taberna.

PAÑO■AC
AD■JOTA
LICOR■B
IRA■ABA
D■SONAR
EDIL■TE
ZR■ANAT

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

